

**AGUSTÍN VIÑUALES PARDO Y FEDERICO GARCÍA LORCA,
RECUERDO DE SU AMISTAD GRANADINA**

Antonio BASO ANDREU

El profesor Agustín Viñuales Pardo falleció en Madrid el día 14 de noviembre de 1959. Ahora, al cabo de los años, la ciudad de Huesca, donde nació, ha venido a tributarle un homenaje justo aunque tardío, al dar su nombre a una de las nuevas calles trazadas en uno de los polígonos de sus ensanches en construcción. Así ha sido, efectivamente, por medio del acuerdo adoptado, en fecha 29 de marzo de 1990, por la Junta de Gobierno del Excmo. Ayuntamiento de la propia capital altoaragonesa. De aquí que, ante todo, expresemos nuestra gratitud y satisfacción a la corporación municipal oscense por este acto de reconocimiento y justicia en favor de esta ilustre figura de nuestro siglo.

Hace ya muchos años tuve la honra de estudiar a don Agustín Viñuales Pardo en estas mismas páginas; era al poco tiempo de su desaparición, cuando ya habíamos dejado de verle en su casa de la calle Donoso Cortés, en el madrileño barrio de Argüelles, donde vivía con su esposa y una fiel sirvienta de las de aquellos tiempos, hallándose ya en la situación de jubi-

lado de catedrático que sucesivamente fue de las Facultades de Derecho de Granada y Madrid. Labor docente la de su cátedra de Economía Política y Hacienda Pública, que por entonces y después estudiábamos, la cual desdichadamente quedaría truncada para él por aquellas “depuraciones de la Victoria”, configuradas administrativamente en su caso y otros más por la orden de 29 de julio de 1939, al poco de terminarse la guerra civil, que declaraba separados del servicio activo a varios catedráticos de Universidad o Institutos de Enseñanza Media, a quienes textualmente se les imputaba, entre otros cargos, “su pertinaz política antinacional y antiespañola en los tiempos precedentes al Glorioso Movimiento Nacional”.

Aquella disposición sancionadora, firmada por Tomás Domínguez Arévalo, se dirigía al Jefe del Servicio Nacional de Enseñanza Superior y Media del Ministerio de Educación y Ciencia, regido entonces por el ministro Pedro Sáinz Rodríguez, que no tardaría en ser sucedido por José Ibáñez Martín a causa de las diferencias personales que aquél tuvo con el general Franco. La disposición era contundente según su letra: “La evidencia de sus conductas, perniciosas para el país, hace totalmente inútiles las garantías procesales, que en otro caso constituyen la condición fundamental de todo enjuiciamiento,...”. Por lo que de “un plumazo” el Ministerio resolvió separar definitivamente del servicio y dar de baja en los respectivos escalafones a don Américo Castro y Quesada, don Agustín Viñuales Pardo, don Claudio Sánchez Albornoz, don Rafael de Buen y Lozano, don Emilio González López, don José Ots Capdequi, don Niceto Alcalá-Zamora Castillo, don Juan Pesets Alexandre, don José Puche Álvarez, don Luis de Zulueta y Escolano, don Pedro Salinas Serrano, don Blas Ramos Sobrino, don Enrique Rioja Lo-Blanco, don Pedro Castro Barea, don Juan Manuel Aguilar Calvo, don Manuel López-Rey Arroyo y don Antonio Flores de Lemus. Sin otros comentarios podemos decir que la mayor parte de estos señores fueron reivindicados al cabo del tiempo, unos lo fueron en vida, otros cuando ya habían desaparecido. Igual que la relación que acabamos de transcribir se sucederían muchas más por entonces.

De aquella época de nuestra primera juventud, nos viene a la memoria cómo nos comentaba dolorido aquella decisión del “nuevo Estado” el comerciante oscense Elías Viñuales Viñuales, primo hermano de don

Agustín, de quien además hacía patente su bondad y cualidades humanas, su patriotismo y, sobre todo, el gran prestigio profesional de que disfrutaba en el ámbito nacional y fuera de nuestras fronteras. Cualidades personales que en verdad eran ciertas e inequívocas, puesto que, aun sabiéndolo, pudimos comprobar por nuestra parte, ya en la madurez de la vida, cuando nos honramos en acercarnos a él y a su esposa Erika, mujer afable y de gran exquisitez, de porte sencillo y bien parecida, quien en la felicidad y contratiempos siempre permaneció unida a su marido. Lo recordamos aún postrado en una silla de ruedas cuidadosamente atendido bajo la mirada de ella, de ojos azules propios de las mujeres suizo-alemanas de su misma etnia.

Durante aquellos últimos años de su vida, don Agustín Viñuales se encontraba muy afectado orgánicamente debido a la hemiplejía y parálisis que padecía. La enfermedad cada vez más progresiva le retenía en su casa de Madrid; otras veces en momentos de estabilización era trasladado a la residencia de “Fuente Pizarro” en Collado Villalba, al pie de la sierra de Guadarrama, siendo allí atendido por el doctor Pardo. De estos cuidados se preocupó en gran medida la dirección del Banco Urquijo, del que fue asesor financiero. En tanto venía manteniendo una viva lucidez, que le permitía recordar sus cosas ya lejanas, como acontecimientos por él protagonizados, desde la infancia suya en el Coso Bajo de Huesca, donde su padre Agustín Viñuales Val en lo que hoy es la sede del Banco Central tuvo una acreditada tienda de “ultramarinos”, de cuyo negocio familiar sería sucesor el comerciante Raimundo Bambó Pallás, abuelo paterno del prestigioso arquitecto del mismo nombre y apellido. Éstas y otras cosas las conservaba en el recuerdo, como sus andanzas escolares con sus condiscípulos del Instituto oscense, a quienes sucedieron sus compañeros de la Facultad de Derecho en la “calle ancha” de San Bernardo de Madrid, donde estuvo bajo la tutela de su tío Úrbez Viñuales, hombre influyente del partido liberal de entonces, muy vinculado al jefe del mismo en la provincia, Manuel Camo, y sus representantes en la Corte, como el diputado Miguel Moya y otros más. Aquella época transcurrió entre los años 1897 y 1903, durante la que también simultaneó el estudio del alemán. A continuación pudo trasladarse a Francia para aprender igualmente la lengua francesa y especializarse en sus estudios sobre Economía, por los que sentía una gran vocación. El doctorado lo haría en 1906 y 1907, en que leyó su tesis; des-

pués se trasladaría a Alemania e Italia para adquirir nuevos conocimientos sobre Hacienda y Economía aplicada a la política bursátil y de mercados, lo que le sirvió de base científica para continuar sus estudios sobre Estadística y Matemáticas financieras a su regreso a Madrid.

Desde aquella época fue un hombre plenamente comprometido con la enseñanza y la investigación, que le llevaría a caminar por los senderos de la vida universitaria, salvo algunos paréntesis, a lo largo de su fecunda existencia. Y así, aquel piso de la calle Donoso Cortés, en el que por todas partes se respiraba la sencillez de sus dueños, sería el lugar de encuentro de sus discípulos predilectos y de algunos profesores compañeros suyos como: Joaquín Ruiz Jiménez, Julio Tejero Nieves (con el que suscribe mantuvo una estrecha relación), Torres López, Luna, Alfonso García Valdecasas e incluso el padre Félix García, que espiritualmente le venía atendiendo, pues no podemos olvidar la muerte cristiana de don Agustín en el seno de la Iglesia Católica.

Gran amante de su tierra natal, Huesca; para él era una alegría el poder recibir a sus amigos oscenses: Andrés Sánchez Arbós, su hermana María, ilustre pedagoga del Magisterio español, Alfredo Ara, el ingeniero Ramón Cajal Lasala, el profesor Antonio Ipiens, Juan Antonio Ortiz, todos procuraban hacerle más llevaderos los días penosos de su larga enfermedad. Por mi parte acostumbraba a verle en nombre de sus primas, las señoras doña Juana y doña Antolina Viñuales, quienes me encomendaban algún recuerdo suyo cuando regresaba a Madrid desde Huesca. Ahora, me parece que aún le veo cuando escuchaba a unos y a otros, con callada atención, en tanto que sus pocas palabras eran de sincera gratitud y afecto hacia sus visitantes. Creo que todos le observábamos sin perder de él ningún detalle de su propia personalidad, como eran: su caballerosidad, el fino trato, la cordialidad hacia todos, la medición de sus palabras y muy en especial la precisión con la que veía cualquier tema objeto de su atención. Desde entonces hasta ahora siempre lo he considerado como un auténtico maestro en toda su dimensión humana.

Como ya hemos apuntado anteriormente, volvemos ahora a ocuparnos de don Agustín Viñuales Pardo y lo hacemos recordando la amistad que mantuvo en Granada con el poeta Federico García Lorca, relación personal que ambos sostuvieron hasta su muerte. Federico desaparecía a mediados de 1936, don Agustín a finales de 1959. Aquél siempre perviviría en

el sentimiento de este último, como así lo expresaba. Pero antes de su llegada a Granada, significamos que desde 1913 a 1914 Viñuales permaneció en la Argentina, donde en la capital del Plata conoció a Chamberlain, el gran político británico, quien le invitó a trasladarse al Reino Unido, donde se adentró por el terreno del liberalismo político, sin dejar la inclinación que sentía hacia la Universidad española, con su dedicación a la literatura jurídica de la Hacienda Pública, siguiendo el camino de Peña y Aguayo, Alcalde, Pita Pizarro, Espínola y Toledano, además de algunos políticos y literatos españoles como José Echegaray, Segismundo Moret, Pedregal, Figuerola, entre otros de finales del siglo XIX. A quienes sucederían las tendencias del proteccionismo nacional y la enseñanza basada en los principios del krausismo, de libertad de métodos didácticos de Giner de los Ríos, Piernas Hurtado y Azcárate, de donde surgirían la dirección histórica y los estilos políticos de nuestro Joaquín Costa. De aquí seguiría un movimiento científico aunque discurriendo por cauces literarios, siendo más bien autodidactas aquellos estudiosos dedicados a estas cuestiones.

Era por entonces cuando surgió la figura de Flores de Lemus, catedrático de Economía y Hacienda de la Facultad de Derecho de Barcelona, para incorporarse como técnico a la Jefatura de Estadística Tributaria del Ministerio de Hacienda. Allí el profesor Flores, sin dejar la docencia, crearía el primer laboratorio de Economía, en el que seguiría las directrices del realismo germánico, que el mismo Viñuales Pardo ya había observado durante su permanencia en Alemania, por lo que éste sería llamado para incorporarse en el mismo equipo, junto a otras destacadas figuras de la Economía científica como Becerril, Vicente Gay, Carande, Candil y Conde. De aquí que su prestigio había adquirido ya cierta relevancia ante los medios económico-financieros nacionales, lo que le llevaría a desempeñar en plena juventud la Secretaría Técnica de la Cámara de Comercio de la capital de España, entonces presidida por don Carlos Prats y Rodríguez de Llano. Aquí cesaría a petición propia, ya que el 31 de marzo de 1918, tras brillantes ejercicios, ganó por oposición libre la cátedra de Economía Política y Hacienda Pública de la Facultad de Derecho de la Universidad de Granada.

Cuando contaba con treinta y siete años de edad, Agustín Viñuales Pardo llegaba a Granada para incorporarse a sus clases en el antiguo case-

rón de aquella Facultad, tradicional y de prestigio por su profesorado, en la que fue Residencia de la Compañía hasta su expulsión por Carlos III, que aún muestra su clásico barroco ignaciano, imborrable y añorado por quienes pasaron por allí, ya fueran estudiantes o profesores.

Granada por entonces era una ciudad entrañable, con sus costumbres sencillas y tradicionales modos de vivir, impregnados por ese temperamento del propio granadino por naturaleza como es el “árabe español” de uno de los Machado, la belleza de sus mujeres en la plenitud del día aunque retraídas y ocultas a la caída del sol, su conjunto monumental que abraza el monte de la Alhambra, la alegría y bohemia de los estudiantes; en resumen, era entonces una sugestiva población española de cómodo vivir para sus naturales y atrayente recepción para los que llegaban. Todos se conocían aunque las distintas clases sociales se diferenciaban por estamentos, riqueza u ocupaciones. Y así puede verse, que en aquella época vivía allí una familia de clase media, más bien alta, constituida por don Federico García Rodríguez, agricultor acomodado, y doña Vicenta Lorca Moreno, maestra nacional, con sus hijos Federico, Concha, Francisco e Isabel, quienes se habían trasladado a la ciudad que cruza el Darro desde la localidad de Fuente Vaqueros de esa misma provincia. En el seno del mismo hogar, sencillo y de hábitos normales, aquellos chicos uno a uno aprendieron las primeras letras por las enseñanzas que les impartió su propia madre, aunque alternadas con las de otro maestro, don Antonio Rodríguez Espinosa, hombre de idealismo republicano que regentaba la escuela de Valderrubio, entonces Asquerosa.

En el año 1908 fue cuando el mayor de los hermanos, Federico, iniciaba el primer curso de su Bachillerato en Almería, que interrumpido por una enfermedad infantil continuaría en el Instituto de Granada, a los comienzos de la primera década del siglo, simultaneándolo con las clases de música que recibía de don Antonio Segura. Con el “grado” terminado (1915), comenzó sus estudios en la Universidad granadina: Derecho y Leyes. Contaba con dieciocho años de edad, estudiante, cuando tuvo ocasión de realizar su primer viaje para la ampliación de conocimientos, durante el que recorrería Andalucía, luego Castilla y el norte de España. En Baeza tuvo su primer encuentro con don Antonio Machado. También entablaría amistad con Fernando de los Ríos. Su trayectoria estaba ya trazada, pues decididamente pensaba dedicarse a escribir, además de que

sentía la llamada de la música y su afición al dibujo. Todo ello sería algo más que su dedicación a los estudios jurídicos y filosóficos de la Universidad. Su alma joven estaba impregnada de su propia dedicación literaria, con todas las aptitudes artísticas que llevaba dentro de su ser. Cuando Federico llegó a Baeza don Antonio Machado, ya consagrado, desempeñaba la cátedra de Francés en su Instituto de Enseñanza Media. Otro catedrático allí destinado era don Benigno Baratech, oscense de nacimiento. Los dos le animaron y valoraron su incipiente trayectoria poética ya conocida en muchos medios literarios españoles.

Era en 1917 cuando el joven García Lorca vio morir a su maestro de Música, don Antonio Segura. Lleno de pesadumbre, deja sus estudios y publica su primer texto: “Fantasía simbólica”. En aquel verano comenzaba a escribir en verso y al año siguiente salía a la luz “Impresiones y Paisajes”. Federico se había convertido ya en un genial creador de metáforas espléndidas, camino de llegar a ser el insuperable artista del verbo, pues en verdad se estaba haciendo a sí mismo, formando el pensador que de él ya nunca se apartaría, el poeta íntimo y reflexivo, que se anticiparía en varias generaciones literarias a la revolución moral y científica de muchos que vinieron detrás de él durante este siglo, ya en declive en su recta final por el resurgimiento de conceptos y medidas inmutables.

Cuando el profesor Viñuales Pardo llegaba a la Universidad granadina, como hombre abierto y humanista en extremo, inmediatamente se identificó con los medios culturales de la ciudad de los “cármenes”, comenzando a convivir en estrecha relación con su ilustre claustro de profesorado de la Facultad de Derecho, en el que se encontraban personas de distinto credo ideológico como podían ser el conservadurismo pedagógico de don Andrés Manjón o el idealismo krausista de don Fernando de los Ríos heredado de Giner de los Ríos, su tío. De todos ellos fue buen amigo y su estancia en Granada la simultaneaba con su labor investigadora junto al profesor Flores de Lemus en el laboratorio de Economía, a que nos hemos referido, de la Escuela de Estudios Superiores en el Ateneo Científico del que formaba parte.

Al hacerse cargo de sus clases y conocer a sus alumnos, el profesor Viñuales no tardó en introducirse en los ambientes granadinos típicamente locales que le rodeaban, con el estilo de vida que ya hemos descrito más

arriba, sugestiva e impregnada en todos sus rincones del simbolismo nazarita de su propia historia, unido al apasionado modo de ser de una de las Andalucías de mayor señorío de sus gentes y en cuyo entorno se desenvolvía entonces el que con el paso del tiempo, algo corto por su propio destino, llegaría a ser uno de los mejores poetas españoles de todos los tiempos, el escritor de Granada, Federico García Lorca, en el verso como en la prosa, en la poesía como en el teatro. Sin ninguna duda, ahora, el escritor en lengua castellana de mayor resonancia universal. Y así, cualquier transeúnte intelectual o quien siendo de igual condición llegara a la ciudad para tomar asiento en ella, si deseara entregarse a su propio hechizo tenía que acercarse a Federico, por ser quien más íntimamente llevaba consigo la entrañable esencia, sensible y sugestiva, de aquel lugar de hallazgos y atracciones para siempre, cuya vida local y costumbres de su gente serían un atrayente camino por donde caminarían sus personajes reales o idealizados por el poeta.

Viñuales y García Lorca no tardaron en conocerse. Dado el carácter abierto de sus maneras de ser, ambos establecerían pronto una corriente amistosa y de mutua admiración del uno al otro. El poeta había iniciado sus estudios de Derecho hallándose cerca de don Agustín como un alumno más, aunque parece ser que la llamada de las “musas” tenía en él mayor eco que las explicaciones de sus profesores de Facultad y la lectura de los textos jurídicos en vísperas de exámenes. Por aquella época fue cuando iniciaba una de sus inclinaciones: el teatro, con sus personajes reales movidos en los ambientes en los que vivía. Así, la trama humana de “Doña Rosita la soltera o el lenguaje de las flores” sería tomada por el autor de un caso familiar, vivido por una prima hermana suya, Clotilde García Picossi, y a lo largo de las distintas escenas que se suceden aparecen personajes vivientes realmente existentes entonces, como eran alguno de sus profesores: don Martín, el de Preceptiva Literaria, y don Manuel, de Latín. Lo mismo ocurriría en “Las Manolas”, protagonizada por tres hermanas pianistas muy conocidas en la ciudad, y “Las Ayolas”, nombre de un famoso fotógrafo que, como en la obra, se anunciaba con un sello en oro en el que se leía “fotógrafo de su Majestad”.

La fama del joven poeta por momentos era mayor. En 1919 también llegaba a Granada otro famoso: Manuel de Falla, donde se instalaría e iniciaría una gran amistad con Federico a partir de entonces. El profesor

Viñuales Pardo venía impartiendo desde el año anterior sus clases de las asignaturas de Economía Política y Hacienda Pública en primero y cuarto cursos de Derecho respectivamente, donde llegó a conocer a distintos chicos estudiantes alumnos suyos, entre los que estaban Federico García Lorca y su hermano Paco; también el hijo de un librero, el que sería nuestro catedrático de Procesal, Leonardo Prieto Castro, un futuro abogado del Estado; Cirilo Martín Retortillo, entre varios más, que llegarían a ser prestigiosas figuras de la jurisprudencia española. Francisco García Lorca opositaría al Cuerpo Diplomático.

Es evidente que aquellos encuentros de unos con otros quedarían plasmados en una impercedera amistad entre ellos, que duraría siempre entre el mayor de los Lorca y su profesor, quien desde Granada al advenimiento de la II República llegaba a Madrid por haber sido nombrado director general del Timbre y representante del Estado en la Tabacalera (decreto de 21 de octubre de 1931). Viñuales fue un hombre de su época de ideas liberales moderadas dentro del partido de Acción Republicana, del que algunos correligionarios suyos, como Manuel Azaña, derivaron hacia corrientes más progresistas, por lo que al ser nombrado ministro de Hacienda, en 13 de junio de 1933, lo fue más bien como un técnico al frente del Departamento. En enero de aquel mismo año había ganado ya por oposición la cátedra de Economía y Hacienda de la Universidad Central, a cuyos reñidos exámenes concurrió con él otro ilustre contrincante: el profesor Francisco Bernis. Por lo tanto dejaría definitivamente la Universidad de Granada y se consolidaría en Madrid ya como profesor universitario. Por entonces el joven poeta también repartía sus estancias entre Granada y Madrid, hasta que en 1929 llegó a instalarse en la Residencia de Estudiantes, donde conviviría con algunos de sus compañeros residentes que más tarde alcanzarían la fama (Salvador Dalí, Buñuel, Gregorio Prieto...) o llegaría a entablar amistades como la que tuvo con un estudiante oscense: José Bello Lasierra.

Pero volviendo hacia atrás diremos que cuando los García Lorca llegaron a Granada fueron a vivir a la casa número 66 de la Acera del Darro. Este sitio por entonces era el de encuentro entre el pueblo llano como el de la pequeña burguesía local, donde unos y otros iban o venían de sus cotidianos quehaceres o a lucir las granadinas sus particulares encantos al mediodía; al atardecer tenían la costumbre de acercarse al santuario de las

Angustias para depositar allí sus plegarias marianas. Se vivía una vida sencilla en un ambiente provinciano en el que todos se conocían, donde el joven poeta era elemento imprescindible en las reuniones literarias en las que leía a sus amigos las últimas composiciones que acababa de escribir o las escenas teatrales, en las que algunos de los asistentes se veían representados con los peculiares rasgos que les caracterizaban en la realidad. Estas reuniones se sucedían en el Ateneo, el Casino, la Universidad,... donde serían conocidos de primera mano por sus amigos y admiradores de entonces: “El maleficio de la mariposa”, su “Libro de poemas”, “Límites y canciones”, el “Poema del cante jondo”, la “Tragicomedia de don Cristóbal y la seña Rosita”, “Lola la Comedianta”, “La niña que riega la albahaca y el príncipe preguntón”... Se dice que cuando el joven autor estrenó en el “Eslava” de Madrid “El maleficio de la mariposa” no obtuvo el éxito que esperaba, quizá el público y la crítica no entendieran el alcance de la obra. Enrique de Mesa diría: “Este tipo de poesía y de teatro no me interesa nada. Pero el autor es un poeta”. A lo que Federico contestaba: “Estoy visiblemente emocionado. Pero invisiblemente estoy muy tranquilo. Ese público no me importa nada, nada, nada...”. Su suerte estaba ya echada, aunque sean costosos los primeros pasos de la carrera emprendida hacia el éxito y la fama de quien al fin la encuentra. Poco después, en 1923, escribía algunos poemas del “Romancero gitano”, para seguir con “Diálogos”, “Mariana Pineda”, “Oda a Salvador Dalí”, “La zapatera prodigiosa”... Con su familia pasaría a vivir a las afueras de Granada en la Huerta de San Vicente. Después de haber escrito “La casa de Bernarda Alba” saldría de allí en una noche canicular para no volver a regresar...

Federico, hombre entrañable para con sus amigos, dedicó a alguno de ellos una gran parte de su obra. Así, Gloria Giner, Fernando de los Ríos, Emilio Aladrén, Salvador Dalí, mademoiselle Teresita Guillén, tocando su piano de seis notas, Encarnación López Júlvez... y don Agustín Viñuales fueron objeto de la dedicatoria de sus versos, romances y coplas, escritos por él con una total entrega al lenguaje común, junto a la evocación de la vida y la muerte en casi todos ellos, en los que el poeta iba vertiendo una emoción personal e inconfundible.

Por su parte, don Agustín Viñuales Pardo era un hombre muy cultivado en todos sus aspectos, sensible siempre a la pura expresión poética,

maestro de la literatura económica escrita y hablada impartida en sus lecciones universitarias, conversador digno de ser escuchado y respetuoso oidor de sus interlocutores, lo que hacía que fuera una persona dada a frecuentar diferentes círculos de aquella vida social de la Granada de su época. Y era por entonces (1923) cuando Federico obtenía, sin prisas, la licenciatura en Derecho. El curso anterior recibió el aprobado en Hacienda Pública del profesor Viñuales y aunque entre ambos pudiera existir la natural distancia entre el catedrático y el alumno, lo cierto era que desde hacía algún tiempo los dos mantenían una cierta inclinación, traducida en un afectuoso respeto hacia el más joven y en una admiración de aquél hacia el poeta, alumno suyo, ya consagrado por la fama.

El testimonio de esta amistad, con toda evidencia, quedaría patente cuando por entonces García Lorca escribía algunos poemas del “Romancero gitano”, siendo el bellísimo “San Gabriel” (Sevilla) el que para siempre dedicara a don Agustín Viñuales y en el que el autor imprimiese el contenido de toda su alma, expresiva y coloquial, para alcanzar aquel desgarramiento suyo que le identificaba como poeta de gitanos, compaginado con esa musical cadencia lorquiana en la que lo irreal e imaginativo del hombre supera a lo realmente existente, aunque en su protagonismo siempre fuera el ser humano, ya sea varón o mujer, el protagonista, más o menos indefenso, al que trataba de mantener vivo con todo el vigor dado por él, con esencia y naturaleza propias, desde su nacimiento hasta su muerte.

Leemos que los versos del poema “San Gabriel” son éstos:

I. “Un bello niño de junco, / anchos hombros, fino talle, / piel de nocturna manzana, / boca triste y ojos grandes, / nervio de plata caliente, / ronda la desierta calle. / Sus zapatos de charol / rompen las dalias del aire, / con los dos ritmos que cantan / breves lutos celestiales. / En la ribera del mar / no hay palma que se les iguale, / ni emperador coronado / ni lucero caminante. / Cuando la cabeza inclina / sobre su pecho de jaspe, / la noche busca llanuras / porque quiere arrodillarse. / Las guitarras suenan solas / para San Gabriel Arcángel, / domador de palomillas / y enemigo de los sauces. / San Gabriel: El niño llora / en el vientre de la madre. / No olvides que los gitanos / te regalaron el traje”.

II. “Anunciación de los Reyes, / bien lunada y mal vestida, / abre la puerta al lucero / que por la calle venía. / El Arcángel San Gabriel, / entre azucena y sonrisa, / bisnieto de la Giralda, / se acercaba de visita. / En su chaleco bordado / grillos ocultos palpitan. / Las estrellas de la noche / se volvieron campanillas. / San Gabriel. Aquí me tienes / con tres clavos de alegría. / Tu fulgor abre jazmines / sobre mi cara encendida. / Dios te salve, Anunciación / Morena de maravilla. / Tendrás un niño más bello / que los tallos de la brisa. / ¡Ay San Gabriel de mis ojos! / ¡Gabrielillo de mi vida! / para sentarte yo sueño / un sillón de clavellinas. / Dios te salve, Anunciación, / bien lunada y mal vestida. / Tu niño tendrá en el pecho / un lunar y tres heridas. / ¡Ay San Gabriel que reluces! / ¡Gabrielillo de mi vida! / En el fondo de mis pechos / ya nace la leche tibia. / Dios te salve, Anunciación. / Madre de cien dinastías. / Áridos lucen tus ojos, / paisajes de caballista. / El niño canta en el seno / de Anunciación sorprendida. / Tres balas de almendra verde / tiemblan en su vocecita. / Ya San Gabriel en el aire / por una escala subía. / Las estrellas de la noche / se volvieron siemprevivas”.

Siempre que repetimos la lectura de este “romance”, dedicado a Viñuales, no es raro que sintamos un deleite del más hondo regusto poético. Sus primeros versos son la expresión perfecta del espíritu sevillano, en el que a veces predomina sobre la luz y la alegría la angustia de una tarde de Pasión. Así, en primer término, el poeta presenta a ese “bello niño” que camina por la vida con porte esbelto y talle juncal, al aire su piel satinada de “nocturna manzana”, con facciones tristes, ardiente por temperamento, que recorre calles estrechas y perfumadas en la noche. Vemos cómo sus pasos discurren en la noche sevillana, quizá solitario o acompañado del rasgueo de una guitarra sentimental en el colmado vecino, aunque seguramente observado tras la reja de una habitación baja, sin luces, silenciosa. El niño va vestido con zapatos de charol, afilados como cuchillos, que rompen “las dalias del aire”. “En la ribera del mar no hay palma que se le iguale” se lee en dos de sus versos, cuando de verdad es el árbol de la arrogancia, con su tronco desprovisto de ramaje, tal como en la arquitectura clásica es la columna rígida de piedra que sube disparada hacia la ojiva. La única vestidura, verde, acerada, son las hojas hirientes que tiene como puñales la palmera, que en la poesía de Lorca guarda cierto paralelismo con el espino, tan familiar a nuestra zarzamora: espinosa, dulce,

doloroso de alcanzar su fruto como el amor a veces. (“Sangre y espina. Acércate. / Si tú me quieres, yo te querré”, en *Canciones*). A continuación la figura en la que el poeta se recrea se hace aún más sensible, llenándola de un sentido místico en su devoción a San Gabriel, el santo Arcángel “domador de palomillas / y enemigo de los sauces”.

No hace mucho el cardenal primado de España, don Marcelo González, nos hablaba en un bellissimo trabajo del misticismo y de la fe religiosa de Federico, condiciones suyas que efectivamente expresaba en muchos de sus poemas. Y así a San Gabriel encomienda aquí la protección del “churumbelico” que va a traer al mundo la madre gitana, pero antes, como si se tratara de un “trato”, le presenta la cuenta recordándole: “No olvides que los gitanos te regalaron el traje”. Suponemos que tal vestidura del Arcángel guerrero sería confeccionada en uno de esos talleres, donde se hacen las de los “armaos”, que con sus petos y relucientes cascos, empenachados de plumas blancas, desfilan acompañando a la Virgen Esperanza que traspasa el barrio de la Macarena, en su recorrido penitencial de la madrugada del Viernes Santo.

En la segunda parte de este poema del *Romancero gitano* se nos muestra a Anunciación de los Reyes como mujer agraciada y pulcra, quizá por ser “bien lunada” y que, aunque esté “mal vestida”, la pobreza como en la mayor parte de las veces no está reñida con la pulcritud de la persona, sobre todo en la mujer, que era la que abriera la puerta al Arcángel “entre azucena y sonrisa”, al que lo viste con sus “chalecos bordados”, quizá para que su imagen irradiase destellos en la oscuridad de la noche, en la que las estrellas “se volvieron campanillas”, flores que el poeta considera por su pequeñez y brevedad contrapuestas a la grandeza del firmamento, con toda su dimensión y multitud de puntos blancos a la distancia de años luz. De Anunciación de los Reyes no nos dice dónde tenía su casa, no importa, quizá fuera en una de planta baja con tapia de corral, limpia y fresca aún en verano. Si hubiera sido de mayor rango posiblemente lo hubiera hecho como don Armando Palacio Valdés, cuando en la calle de Argote de Molina situaba a la señorita sevillana Gloria Bermúdez, la bella protagonista de una de sus más famosas novelas.

García Lorca se inspiró en su Granada, en Córdoba y Sevilla al componer esta trilogía dedicada a los santos Arcángeles: Miguel, Rafael y

Gabriel, y en los tres cantares hace uso de ese dolor y alegría del alma de la Andalucía de su nacimiento, que él llevaba dentro de sí como atributo íntimo de pasión o de expresión festiva, tan peculiar en el estilo de vida de este territorio meridional de nuestra patria. Y así se mostraba en esos versos cambiantes: “San Gabriel: Aquí nos tienes / con tres clavos de alegría. / Tu fulgor abre jazmines / sobre mi cara encendida”, observándose que el desgarramiento doloroso del clavo se transforma en alegría.

A nosotros no nos extraña que hace poco tiempo el pintor Gregorio Prieto, que en su juventud convivió con Federico en la Residencia de Estudiantes, al serle ofrecido un ejemplar de la última edición del “Cancionero” recordara al poeta y amigo de rostro agitanado, tal como lo ha reflejado en uno de sus retratos más conocidos, aunque: “no le gustaba el tópico de que le dijeran si era como gitano o cosas parecidas, aunque tenía una alegría muy contagiosa”, finalizaba así el pintor de molinos manchegos, coleccionista de arcángeles.

En nuestra pequeña biblioteca como si fuera una “joya” conservamos un precioso libro ilustrado, que el ya anciano pintor de Valdepeñas dedicó a su íntimo amigo; se trata de la primera edición (1972) de *Lorca y su mundo angélico*, en el que destina un breve capítulo a los “Arcángeles” del poeta, iniciado con: “Ya San Gabriel en el aire, / por una escala subía”, del romance dedicado a don Agustín Viñuales, leyéndose después: “TRES fueron los Magos que agasajaron al Niño Dios. Tres las personas distintas del solo Dios verdadero. Tres serán los arcángeles que sostengan la vida de Federico en estabilidad perfecta. Y ellos lo protegen y lo alzan a la fama universal. Gabriel, Rafael, Miguel, seres arcangélicos que le descubren el secreto a voces del misterio poético. Federico diría: “sólo el misterio nos hace vivir, sólo el misterio”. Gabriel anunció a María que sería bendito el fruto de su vientre. La proclamó, con su Ave María, llena de Gracia y la más bendita de las mujeres. Rafael convirtió la ceguera ambigua en fe de sorprendente luz y aureola. Y Miguel nos socorre con espada deslumbradora. Y proporciona a Federico, como a todo aquel que siembre con amor y pureza de corazón, sabrosos frutos de esperanza. La armonía florece junto al laurel y al olivo. Armonía que es también nuestra y nos concede la más alta felicidad. Tú, Federico, dedicaste a nuestros arcángeles poemas candentes de furioso amor. Sorprenden su gracia, su desgarramiento,

su fluidez. Y sorprenden, sobre todo, por estar tocados del misterio sobrenatural. Tus arcángeles te protegen, porque vencen al odio y te empanan del misterio que nos hace vivir: misterio arcangélico”.

Pero si volvemos al lugar donde el poema adquiere toda su vida, pensamos que Sevilla se representa allí en grado máximo, aportando esa función originaria suya que aún conserva de lo hispalense y lo romano, visigótica isidoriana y árabe prodigiosa, con su Renacimiento recién llegado y el clásico barroco salido de sus talleres de pintura e imaginería que le dieron fama, sus poetas del Siglo de Oro a Bécquer hasta llegar a ser la semicorte en San Telmo del aspirante al trono, don Antonio de Orleans, donde, en resumen, García Lorca hallaría el tipismo y cultura popular ofrecido por las ciudades medias españolas, arraigadas a su pasado, que por extensas que se hayan hecho últimamente en modo alguno se ha fragmentado lo esencial de ellas, perviviendo lo que fueron sus centros neurálgicos, con sus barrios de antaño al amparo de las viejas torres que los presiden. Aquí existe una torre única en el mundo y el poeta canta: “El Arcángel San Gabriel, / entre azucena y sonrisa, / biznieta de la Giralda”, a cuya sombra pondría el lugar de encuentro, por ser donde pasaran y traspasaran los menestrales y señoritos, los estudiantes y los gitanos, los comerciantes y los labriegos que cotidianamente traficaban sus negocios, lo mismo que ahora, sin que faltaran las cigarrerías envueltas en sus mantoncitos a la salida de la Fábrica.

Entre esta gente está Anunciación, la gitana encinta, conocida por ser “gitana de maravilla”, que dará a luz un niño aún más bello “que los tallos de la brisa”. El poeta se sigue recreando y para su Arcángel anhela lo que más aprecia para él: “Un sillón de clavellinas”. Sin duda de esta manera expresara la íntima alegría que llevara consigo, que a continuación quedara transfigurada en un halo de tristeza, como cuando se presiente un mal augurio. Así, a la madre bien lunada y mal vestida le dice: “Tu niño tendrá en el pecho / un lunar y tres heridas”, aunque en sus senos, lozanos y bien modelados, nace ya la leche materna que alimentará al niño, quien, sin haber nacido canta dentro del vientre. “Tres balas de almendra verde / tiemblan en su vocecita”. Por último es la vida la que surge cuando San Gabriel en el aire sube una escala, una escala tendida en la noche, cuando las estrellas “se volvieron siempre vivas”.

Con este último verso finalizaba el poema del *Cancionero gitano* que el autor dedicaba a su maestro don Agustín Viñuales, que con el tiempo llegó a ser conocido en continentes y países enteros.

El poeta se fue, pero su poesía hecha cantar ha quedado impregnada de por siempre en muchos corazones, sirviendo ahora de educación sentimental de todos aquellos pueblos que saben valorar a los grandes genios de la literatura universal. Por otra parte, del oscense Viñuales Pardo se puede asegurar que fue persona que llegó a dejar una profunda huella humana y profesional. Siempre generoso en la entrega de su tiempo y sus conocimientos científicos, su experiencia y amistad, además de ser temperamentamente sencillo, aunque su vastísima cultura apareciera detrás de cada una de sus palabras, siempre medidas y precisas, sobre todo cuando enseñó a las sucesivas promociones de estudiantes en su cátedra o en sus conocidos dictámenes oficiales, de por sí ponderados y avalados por su propio prestigio.

Pero, ¿en qué derivó aquella amistad granadina de ambos personajes? Al advenimiento de la Segunda República (1931), los dos declararon su adhesión a la misma. En aquel mismo año salían los primeros poemas de *Diván del Tamarit*, también el del *Cante jondo*. El proyecto itinerante de La Barraca era aprobado por Orden del Ministerio de Instrucción Pública de 1932, su presentación fue el 10 de julio de aquel año en Burgo de Osma. Sus giras se sucedieron por España hasta 1935, representando un magnífico repertorio basado fundamentalmente en nuestro teatro clásico (Huesca fue una de las ciudades visitadas por este grupo teatral). Por entonces también daría una serie de conferencias sobre *Un poeta en Nueva York*, a donde había viajado en 1929. Estreno de *Bodas de sangre*. Estancia en Argentina y Uruguay. *Yerma*. Su dolor ante la muerte de su amigo Ignacio Sánchez Mejías, el torero poeta, en la plaza de Manzanares (Ciudad Real), era agosto de 1934. Ignacio, que procedía de una familia acomodada, casado con una hermana de los "Gallos", fue un torero clásico, que tras retirarse volvió a los ruedos nuevamente con poca suerte. Su penúltima corrida la toreó en Huesca en medio de una gran bronca, uno de sus toros estuvo a punto de cornearle. Sus restos reposan bajo el monumento de Benlliure del cementerio de San Fernando en Sevilla, junto a los de sus cuñados. Otro monumento dedicado a él (1935) es el "Llanto a

Ignacio Sánchez Mejías”, de su amigo Federico García Lorca. En aquel año estrenaba en Barcelona *Doña Rosita la soltera*, publicaba *Seis poemas galegos* y escribía algunos de los poemas destinados a su libro de *Sonetos*. Y ya en 1936 su última producción sería *La casa de Bernarda Alba*. El día 13 de julio, fecha de la muerte del líder de la oposición monárquica, José Calvo Sotelo, el poeta llegaba a su casa granadina de la Huerta de San Vicente, allí le sorprenderían los primeros acontecimientos de la guerra civil española. Desde su casa pasó al domicilio de los Rosales. El 16 de agosto salía detenido de aquel sitio donde se creía más seguro y protegido, para morir en un descampado a la fecha siguiente junto a dos banderilleros y un maestro de escuela.

Al hilo de aquella tragedia nacional, la trayectoria del profesor Viñuales Pardo fue distinta, aunque también llegaron a él las salpicaduras de los acontecimientos sociales y políticos de una misma época; como ya hemos indicado anteriormente, pertenecía al partido de Acción Republicana, aunque ideológicamente creemos que no fue reconducido, como otros militantes, hacia la Izquierda Republicana que preconizaba el propio Azaña, si bien este mismo lo llevó a uno de aquellos Gabinetes que se fueron sucediendo durante el quinquenio republicano, más bien como experto en materia financiera y económica. Era el año 1933 y en aquel mismo año, el 27 de octubre, contrajo matrimonio con la señorita Erika Graa Rüfenackt, que residía en España. Esta señora, ya viuda, en más de una ocasión nos comentó en su casa que su esposo fue siempre un técnico dedicado a su profesión más que un político, hasta el punto de que un idealista de signo contrario, como era José Antonio Primo de Rivera, trató de incluirlo en un hipotético Gobierno de coalición con la siguiente combinación ministerial: Estado, Bárcena; Justicia, Serrano Suñer; Defensa, Franco; Hacienda, Viñuales; Subsecretario, Larraz; Educación, Aunós; Subsecretario, Valdés; Economía, Carceller; Gobernación, Mola; Director General de Seguridad, Vázquez; Obras Públicas, Lorenzo Pardo; Corporaciones, Mateo; Subsecretario, Garcerán; Comunicaciones, Ruiz de Alda; Subsecretario, José Moreno; Marruecos y Colonias, Goded; Sanidad, Nogueras. Entre estas personas figuraban algunos pertenecientes a Falange Española, otros no lo eran, pues como Viñuales habían sido asignados a departamentos técnicos sin tener en cuenta su militancia política.

Ya hemos comentado que su paso por el Ministerio de Hacienda fue primero como director general del Timbre y después como ministro del ramo durante unos meses, no llegando a defender la Ley anual de Presupuestos en el Congreso de Diputados, ya que eran repetidas las crisis de Gobierno, entre ellas la del gabinete Azaña del que formó parte.

Esta salida de la actividad política de don Agustín hizo que nuevamente se reintegrara, en parte, a su dedicación a la docencia y también para hacerse cargo de la secretaría de la Comisión española para el estudio de la implantación del “patrón oro”. Su labor dedicada al estudio de los más importantes problemas económicos nacionales y mundiales sería muy notable, quedando reflejada en las páginas de sus libros, monografías, artículos, conferencias y enseñanza de su cátedra, que aún sirven de base e ideario científico para muchos estudiosos de nuestro actual momento.

Pero no podemos pasar por alto la valoración de los altos ideales patrióticos de este hombre, que con valentía afrontó alguno de los primeros acontecimientos de la guerra civil. Por entonces, junto con don Antonio Flores de Lemus (1936), era consejero de nuestro Banco emisor, el Banco de España, y a las pocas fechas de la lucha emprendida entre ambos bandos contendientes, con ocasión de llevarse a cabo una intervención en los cambios monetarios, se efectuó la remesa de unas libras esterlinas de los depósitos bancarios al Banco de Francia. Era entonces ministro de Hacienda don Juan Negrín, quien suscribió un decreto reservado sobre la seguridad del oro, obligando al Banco de España a que hiciera entrega de este metal en su poder, para ser depositado en lugar de mayor seguridad. No obstante, el Banco advirtió al Gobierno que la seguridad en sus cajas centrales era patente.

Ante esta situación, Flores de Lemus y Viñuales Pardo, como consejeros del Banco de España, sin temor alguno y al amparo de su prestigio profesional, emitieron en forma unilateral juicio contrario a que los agentes gubernamentales sacaran el oro y la plata guardados en las cámaras de la propia entidad bancaria. Con cuya actitud personal no tardaron en sucederse una serie de amenazas sobre ellos, por lo que ante el peligro que corría la integridad de sus vidas, el político socialista Indalecio Prieto, amigo personal y ministro de Hacienda cuando Viñuales fue director general del Timbre, más o menos le dijo a éste: “Agustín, “lárgate” ense-

guida de España, pues tu vida corre peligro”. Lo que sin dilación alguna haría de inmediato, en compañía de su esposa. A finales de 1936 partía de Madrid a Alicante, para trasladarse a Francia por vía Barcelona a Marsella y comenzar así el triste destino de tantos exiliados compatriotas nuestros. Ya hemos apuntado repetidamente que aquél era un científico, más que un político, moderado y plenamente dedicado al cultivo de sus actividades docentes y gestión económico-financiera dentro y fuera de España, representándola dignamente cualesquiera que fueran los poderes públicos que gobernarán a la sazón.

Una vez llegado a Francia, el profesor Viñuales se propuso pasar a la zona gobernada por el general Franco, siéndole denegado este intento suyo. Uno de los motivos en que se fundaba esta negativa fue el de ser concuñado de Julio Álvarez del Bayo y de Luis Araquistáin, dirigentes políticos de la zona republicana, ambos casados con dos hermanas de Erika, su esposa. En el vecino país, en Sainte-Foy la Grande del departamento de Gironde, viviría estrechamente desde 1936 a 1940; cuando se produjo la ocupación alemana en la Segunda Guerra Mundial pasaría a Biarritz, acercándose más a su patria, permaneciendo allí hasta 1948, en que sin reparo alguno volvió definitivamente a España. En Francia también sería muy notable su dedicación al estudio, ya que fue allí donde escribió una serie de monografías, ensayos, artículos y estudios que periódicamente serían publicados por distintas revistas especializadas, entre ellas la española “Moneda y Crédito”. Por aquella época, años hacía que también Unamuno tuviera su último destierro en Hendaya (1930), hasta que se repatriara durante el gobierno del general Berenguer. Desde esta orilla francesa don Miguel, cada tarde, podía contemplar con nostalgia su tierra española al otro lado del Bidasoa.

Creemos que el exilio impuesto al profesor Viñuales Pardo no dejó de ser un lamentable error, como también lo fue anteriormente la trágica e innecesaria muerte de Federico García Lorca, sentida por el mundo entero desde aquel momento. Este mismo respeto y triste recuerdo merecen los muchos españoles desaparecidos en cualquier lugar durante aquella contienda, para nosotros la más dramática de nuestro siglo. Y nos parecen lamentablemente irreparables ambos desenlaces, porque Federico, al principio, se iba cuando más fecunda era su obra literaria, quedando truncada aquella vida joven sin poder alcanzar el futuro prometedor que le espera-

ba, pleno de esperanzas, con una obra a medio hacer. De don Agustín, con el prestigio de que gozaba y el cúmulo de conocimientos especiales que poseía en su ya dilatada profesionalidad, de igual manera creemos que la utilización de su persona hubiera sido muy valiosa, cuando sobre el tablero ensangrentado de nuestra patria empezaban a jugarse los primeros envites de la reconstrucción nacional, tendentes a la reparación de los grandes daños sufridos durante la guerra civil, en tanto que también veíamos de cerca con nuestra neutralidad, más o menos clara, los aconteceres dramáticos de la Segunda Guerra Mundial.

Sobre este particular, es cierto que en algunos de los gobiernos que se sucedieron en España a lo largo de la posguerra, junto a los ministros falangistas y militares, hubo otros civiles llamados a colaborar por el general Franco, bien *motu proprio* o aconsejados por sus asesores inmediatos, valorando fundamentalmente el reconocido prestigio de que gozaban en sus respectivos ámbitos de actuación profesional. Y así pudimos ver a especialistas de distinto signo: catedráticos, juristas, ingenieros, funcionarios, médicos..., que ocuparon carteras, subsecretarías y direcciones generales en la Administración Central del Estado, de los que algunos de ellos se mantuvieron apartados durante la pasada contienda sin participar en ella; otros, más aún, habían militado en filas republicanas. Pero muchas de aquellas personas serían útiles en unos momentos difíciles, controvertidos, a la búsqueda de una salvación y normalización necesarias, cuando sólo queda la ruina, la desesperación y la muerte que toda guerra lleva consigo. Por esta razón las guerras civiles son las peores contiendas, por no haber vencedores ni vencidos y ser aquellas lacras sus tristes resultados dentro del territorio en el que todos quedan marcados, si superviven.

Después vendrían los “tecnócratas”, de cierto signo eclesial, con sus planes de desarrollo. Pero volviendo a aquella acción gubernamental del Régimen surgido en la guerra, indicamos que repetidas veces hemos pensado que el gran economista Viñuales Pardo hubiera sido elemento clave en aquellas tareas de reconstrucción patria a las que todos los españoles estaban obligados a contribuir. Lamentablemente él y otros fueron alejados de la empresa emprendida. Unos volvieron más tarde cuando por imperativo de los años poco podían dar ya, otros no regresarían por haber desaparecido más allá de nuestras fronteras. Viñuales permaneció fuera de

España algo más de diez años, faltándole escaso tiempo para alcanzar la jubilación que por derecho propio y adquirido le correspondía.

Ahora, al cabo del mucho tiempo transcurrido, cuando aquellas cicatrices están suficientemente restañadas, en muchas ocasiones es conveniente que ejercitemos la amistad, como signo del afecto personal, puro y desinteresado que debe presidir nuestra vida cotidiana y la de los que nos rodean, al igual que la de todos los colectivos humanos que pueblan la tierra en sus distintas latitudes, sin diferencia de culturas, caracteres y razas de aquellos mismos grupos de gente. De aquí que constantemente se hable de la amistad o enemistad entre unos y otros, como factor importante en la vida de cada persona o las relaciones sociales que las unen. Todos, en definitiva, participamos de esta corriente integradora que, en más o menos grado, nos hace ser comunicativos, afectivos y sinceros con esos semejantes que elegimos de antemano. Son nuestros amigos y “hacer las amistades” significa sencillamente el reconciliarse cuando se estaba reñido. Romperlas es lo contrario, ello muchas veces es cuando lleva consigo un distanciamiento familiar, el romper con un compañero o la separación de la pareja tras un desengaño amoroso. Para Luis Vives la amistad es “la sal de la vida”. El romanticismo de Byron la hacía más sensual al imaginarla como “el amor sin alas”. Así Federico García Lorca, polifacético en grado sumo, llegó a cultivar con delicadeza la gran virtud de la amistad, dedicando a sus escogidos las primicias de sus composiciones literarias, su música y las entrañables figuras que dibujaba, en fin, toda su poesía. Al ser hombre finamente cultivado lo hacía todo bien, con formas depuradas llenas de expresión dentro del estilo generacional del “27”, siendo el sentir de su alma el que afloraba en la plenitud de su obra. En él puede verse que la música y el arte inspiran al poeta, que la poesía y la narrativa literaria a través del teatro dan sonoridad a las notas de un pentagrama y que tanto la música como la lírica escrita idealizan el sueño de quien se dedica a las artes plásticas. Todo esto se daba en él y era lo que espléndidamente ofrecía a sus mejores amigos.

No vamos a terminar si no dejamos de recordar que Viñuales Pardo era una persona acogedora y de trato amistoso. Cuando estuvo en el “candelero”, aun no conociéndole, muchos se dirigieron a él por razones obvias. Había un cura por entonces en la parroquia oscense de San Lorenzo, el popular mosén Cándido Nogueras, que en más de una ocasión

le mostró sus buenos oficios de “recomendador” de algún chico en vísperas de oposiciones en Madrid. Éste era uno de los muchos casos que se sucedían. Fuera de su tierra, pero siempre cerca de ella, a los que allí tenía, a sus primos y amigos de por vida siempre los recordaba con verdadera nostalgia y afecto, quizá fuera por no tener colaterales directos en su propia familia ni tampoco descendientes, pues murió sin sucesión, ya que su matrimonio fue tardío. Igualmente sucedió con sus primos hermanos de Huesca: Nicolás y Elías, el primero fue un “dandy” soltero; el segundo, casado con la francesa Jeanette Chabot, murió sin dejar hijos. Éstos, personas de una gran cultura y de esmerada sensibilidad artística, fueron unos de los principales pioneros, por afición, de la fotografía en Huesca durante el primer cuarto de este siglo, dándose el caso de que de ellos aprendieron algunos profesionales (era la época de distintos aficionados: Capella padre, Compairé, Albasini, Sanagustín, Pellicer, mi padre, “Pinta”, Plana,..., que con laboratorio propio en casa, realizaban ellos todo el proceso fotográfico desde el revelado de los negativos hasta la obtención de las positivas en postales ampliadas, algunas iluminadas). Muchos libros y revistas de entonces y ahora contienen ilustraciones fotográficas de los Viñuales.

De don Agustín y los suyos brevemente diremos que éste en temprana edad perdió a su madre y que su padre volvería a casarse, circunstancia que no le agradó a su hijo, pero que, no obstante, ambos mantendrían una estrecha relación hasta la muerte del padre, en cuyo momento la segunda esposa de éste decidió retirarse al monasterio de Santa Clara de Huesca. Este matrimonio tampoco tuvo hijos. Pero sí conviene resaltar que de esta ya desaparecida familia aún perduran algunos signos representativos de lo que fue su gran amor por la ciudad de su nacimiento: Huesca. Eran originarios de Barrio Nuevo. Y aquí está esa preciosa joya de la arquitectura privada oscense situada en el Coso Bajo n.º 12, esquina con la calle de “Población”, donde existió la antigua casa de los Viñuales Pardo, hoy sede del Banco Central, cuyo edificio de líneas clásicas se levantó gracias a los auspicios de don Úrbez Viñuales. Por su parte este último también ayudó económicamente a la construcción del Casino Oscense (años 1900-1906), que continúa siendo uno de los edificios que, por fuera y por dentro, dan brillo y renombre a la ciudad.

No sabemos si los medios de comunicación escritos se han hecho eco de este recuerdo póstumo a don Agustín Viñuales Pardo; a algunos otros les es suficiente ser mediocres o desconocidos, sin mérito alguno, para acaparar las galeradas de páginas impresas. Por nuestra parte no hemos vacilado en traerle nuevamente a estas páginas, haciéndolo ahora para hablar sobre la amistad que mantuvo con su joven amigo Federico García Lorca, el poeta alumno suyo en la Universidad de Granada. Y hacemos esta reiteración cuando el mundo entero vuelve la vista hacia atrás, con ternura y admiración a esa gran figura universal de la literatura española. Y los hemos podido contemplar juntos en aquella Granada de encuentros emocionales de ambos personajes, con vivencias que traspasan la historia local, junto al ángel o el fantasma idealizado del cantar de “San Gabriel”, en el que el autor lleva al lector hacia una Sevilla, oculta y sentimentalmente llena de emoción, situándole entre dos polos: la perfección poética y el localismo con el que bordaba la palabra versificada, que siguieron varios de la generación del 27, a la que pertenecía él como Guillén y Alberti, aunque se diferenciaban del último desaparecido de los de entonces, Dámaso Alonso, que con su gongorismo no se identificó plenamente con las corrientes generales.

Federico, además, parecía que estaba predestinado al fin que tuvo, pues aunque era un hombre de carácter abierto y jovial, según los que más de cerca le trataron, en gran parte de su obra mostraba estar muy obsesionado con la idea de la muerte, llevado del sentimentalismo interior que refleja el estado del alma de quien escribe. También, en muchas ocasiones, denotaba su necesidad hacia un respiro de esperanza y la búsqueda de un Dios suyo, muy particular aunque lo viera a su manera, pero místico y origen de la belleza que nos rodea. Para Pascal, quien busca a Dios es que ya lo ha encontrado. Ahora, antes de finalizar merece la pena pensar sobre esto con el escritor Florencio Martínez Ruiz, quien no hace mucho en un meritorio trabajo, como todos los suyos, comentaba el viaje que García Lorca hizo a Cuenca en su Semana Santa (1932), junto con el diplomático chileno Morla Lynch y el ensayista Martínez Nadal, en cuyo primer párrafo se expresaba así: “Hay un poeta deslumbrado por la liturgia católica y éste es Federico García Lorca. Lo ha referido –y confirmado– el cardenal-arzobispo de Toledo González Martín, en un muy reciente artículo en *ABC* que por lo comprensivo y esclarecedor abre una vía de entendimien-

to más amplia ante el poeta del “grito contra Roma y del obsesivo telurismo de la pena negra de los gitanos que van por el monte solos. El hondo poeta de Fuentevaqueros transmite en su obra un gusto y una fascinación por la parafernalia barroca de los ritos hasta el éxtasis”. Más adelante el comentarista habla de la afición de Federico por los villancicos de las Tomasas de Granada, visto también por otro obispo, don Antonio Montero, titular de la diócesis de Badajoz, quien hace algunos años lo trataba en la revista *Estría*. Creemos, pues, que al decir estas cosas se pensaba en el hechizo, mitad bíblico mitad ritual, del misterio que contiene el *Cancionero gitano* con la visión celestial de los tres santos arcángeles: Miguel, Rafael y Gabriel bajados desde las alturas a Granada, Córdoba y Sevilla por la escala echada con la pluma del poeta. Los destinatarios de estos poemas eran amigos distintos: Diego Buigas de Dalmau, Juan Izquierdo Croselles y don Agustín Viñuales. A este último, quizá por mayor respeto, era al único que anteponía ese “donum” o “dominus” que se hace figurar cuando se trata de una persona de la mayor veneración o respeto ante su nombre propio. En otro caso es la expresión de confianza sincera y de trato entre iguales por edad o identidad de clase social, apeándose el “don”.

Circunstancialmente, hace poco, los restos de José Martínez Ruiz “Azorín” retornaban a Monóvar, tras el descanso en la sacramental madrileña de San Isidro durante casi un cuarto de siglo. El académico Rafael Alvarado inicialmente fue uno de los impulsores de esta idea, que al ser llevada a cabo vino a comentar el emotivo homenaje rendido al famoso escritor de la generación del 98, tras su último “viaje de ferrocarril” al lugar de su nacimiento y con ello el ilustre académico decía: “Nos diría hoy Azorín.– ¡Gracias amigos, gracias señor alcalde, me has devuelto mi pueblo!”. Sin otra búsqueda de conceptos nos parece que estas mismas palabras de Alvarado pueden transcribirse para expresar a la corporación municipal de Huesca la gratitud que merece ahora por haber honrado dignamente a uno de los preclaros hijos de la ciudad: don Agustín Viñuales Pardo.

BIBLIOGRAFÍA

- Archivo particular de la Excm. Sra. D.ª Erika Graa Rüfenackt, Vda. de Viñuales, Madrid.*
- Archivo particular de la Sra. D.ª Antolina Viñuales, Vda. de Saso, Huesca.*
- Archivo particular del autor, Madrid.*
- ARRARÁS, Joaquín, *Historia de la II República Española*, Editora Nacional, Madrid, 1956.
- SECO SERRANO, C. y PERICOT GARCÍA, L., *Historia de España (época contemporánea)*, t. IV, Instituto Gallach de Librería y Ediciones, Barcelona, 1961.
- CIERVA, Ricardo DE LA, *Historia ilustrada de la guerra civil española*, Ediciones Danae (2.ª ed.), Barcelona, 1971.
- Antología poética de Federico García Lorca*, Ed. Orbi, Barcelona, 1988.
- PRIETO, Gregorio, *Lorca y su mundo angélico*, E.P.S.C., Madrid, 1972.
- Editorial del periódico "El Sol"*, n.º 4.824, de 28-I-33, sobre las oposiciones a la cátedra de Economía Política y Hacienda Pública de la Universidad Central ganadas por el profesor don Agustín Viñuales Pardo.
- Editorial del periódico "ABC" de Madrid*, de 15-XI-59, en recuerdo póstumo del Excmo. Sr. don Agustín Viñuales Pardo a su fallecimiento.
- Colección de la revista económica "Moneda y crédito"*, propiedad del Excmo. Sr. don Julio Tejero Nieves, Madrid.
- Cincuenta años del asesinato de Lorca*, fascículo monográfico del periódico "ABC" (17-8-86), recopilando ilustraciones, trabajos de diversos autores y poesías, algunas inéditas, del mismo poeta.
- BASO ANDREU, Antonio, "Un oscense dedicado a la cultura económica de España: el profesor Agustín Viñuales Pardo", *Argensola*, 61 (Huesca, 1966), pp. 4-52.
- GARCÍA LORCA, Federico, *Romancero gitano*, ed. facs. de la 1.ª ed., Ed. Comares, Granada, 1990.
- Granada, la ciudad en el tiempo*, Ed. Comares, Granada, 1990.